

x-rite

colorchecker CLASSIC

PROPAGANDA CATÓLICA

R. 55.431

LA VIRGEN DE LA ROSA

ESTUDIO RELIGIOSO

DEDICADO

A su Ema. Rma. el Lemo. Sr. Cardenal
Arzobispo de esta diócesis.

POR

D. PEDRO CLAVER Y BUENO

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

APROBADA POR LA CENSURA



ZARAGOZA—1891

Tip. de Comas hermanos, Pilar, 40—Talleres: Paseo del Ebro. 50

Teléfono, números 147 y 148

A-208-12

AFA 00135

Journal - 7



T 150088

C 1143279

PROPAGANDA CATÓLICA

R. 55.431

LA VIRGEN DE LA ROSA

ESTUDIO RELIGIOSO

DEDICADO

A su Ema. Rma. el Excmo. Sr. Cardenal
Arzobispo de esta diócesis.

POR

D. PEDRO CLAVER Y BUENO

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

~~~~~  
APROBADA POR LA CENSURA  
~~~~~

ZARAGOZA—1891

Tip. de Comas hermanos, Pilar, 40—Talleres: Paseo del Ebro. 50

Teléfono, números 147 y 148



LA VIDA DE LA RAZA
D. PEDRO CLAVIJA Y BARRA





MARÍA Y LA PRIMAVERA



I

La primavera es á la naturaleza, lo que el renacimiento al arte, lo que la juventud al corazón, lo que la inmortalidad al espíritu, lo que la resurrección á la humanidad, y lo que la Virgen María á la Iglesia católica.

El universo, manifestación sensible del ideal sublime del divino arte, tiene su renacimiento como lo tiene también el arte humano; pero más grandioso, más potente, más vigoroso que el de éste, porque procede más directamente de la suprema belleza y de la infinita sabiduría de Dios.

La naturaleza, de la que forma parte integrante el hombre, tiene su juventud como la tiene el corazón humano, llena de alegrías y de encantos, de amor y de poesía.

Como la naturaleza está condenada á perecer y volver á la nada de donde salió, su resurrección primaveral se sucederá sin interrupción hasta el fin de las edades, donde comienza la eternidad y la

resurrección del hombre, verdadera primavera del alma humana. No así la juventud del corazón humano que una vez que ha llegado al otoño de la vida no vuelve á brillar en su horizonte la nueva aurora primaverál en este mundo, sino que en virtud de la redención y de la gracia, adquiere nueva vida de eterna primavera en las puertas de la eternidad. Pero el Sumo Bien, formó las cosas de tal modo que, al acabar el invierno, comienza la primavera, que de las ruinas del primero se levanta la segunda, que de sus extinguidos encantos, brota su hermosura primaverál. De la misma manera que de la destrucción de un pueblo poderoso nace otro pueblo ilustre, sobre las ruinas de un imperio legendario se levanta una vigorosa república, del fin de una generación brota otra generación, que á la muerte de la humanidad seguirá el día de su resurrección, en donde comienza para las almas justas la eterna vida, primavera del alma humana.

Escuchad cómo describe la imaginación vigorosa del gran Ovidio, excitada por las contrariedades de su destierro, los encantos de la naturaleza primaverál; son sus mismas palabras: «En la primavera todo florece, las viñas arrojan nuevas yemas, los árboles hojas, el suelo hierba, mientras que las aves encantan con sus conciertos el aire templado, los rebaños juegan y retozan en las praderas y las golondrinas fabrican sus nidos. El artista griego, el gran cantor de la naturaleza, ya en su tiempo parecía presagiar lo que la Virgen María había de ser para la Iglesia Católica. Porque la Virgen María en el catolicismo es su primavera, que todo lo vivifica y embellece con su hermosura, y adornando con las flores místicas de sus virtudes las almas piadosas, fecundiza en ellas frutos de

salvación, y refrigera el ardor de las pasiones con el *verdor de su gracia*. Es la vid siempre frondosa en la extensa viña del Señor, que floreció cuando su concepción milagrosa; se vistió de hojas, cuando bajo la sombra de Dios ocultó el misterio de su encarnación á los ángeles y á los hombres; y que fructificó cuando en el portalillo de Belen parió sin dolor al que había concebido sin dejar de ser virgen. Es el verdor virginal que cubre como extenso manto de esperanzas eternas á los hijos de la Iglesia católica, apostólica, romana. Es el vergel ameno para recreo de Dios y de los hombres, en donde se alza el árbol de la vida, bajo cuya sombra protectora, crecen y se multiplican millares de flores de virtud que exhalan aromas inextinguibles de toda pureza, gratísima hasta al Esposo de los Cantares. Como la golondrina tierna precursora de la primavera de la naturaleza, la Virgen María fué también la precursora de la vida del espíritu, por que fué corredentora de la humanidad, precisamente cuando el mundo padecía el largo y crudo invierno del paganismo y el frío glacial de la superstición tenía amortiguado para el bien los corazones de los hombres.

Por esto la Iglesia católica ama á la primavera porque en ella vé reflejados los encantos de María; ama á las flores porque descubre en ellas un destello de su hermosura, un reflejo de su pureza, un símbolo de sus virtudes.

Sabido es que en ninguna época del año se presenta la naturaleza con más brillantesces, con más hechizos y magnificencia que durante la primavera.

La primavera es el espejo fiel donde se refleja la grandeza infinita, la sabiduría omnipotente del Sumo Hacedor y la purísima belleza de María.

No parece sino que la Señora ha prestado un destello de su incomparable hermosura á la primavera; y ésta en cambio le ofrece generosa el aroma de sus flores, el canto de sus pájaros, la frescura de sus bosques, la verdura de sus campos, el azul de su cielo y el brillo deslumbrador de su sol.

Sí: el universo en esta época del año se convierte en un inmenso templo, en un extenso trono dedicado á María, á cuyas plantas soberanas la naturaleza rejuvenecida se agita y canta glorificando á la Reina de cielos y tierra.

¿No veis en sus días serenos, el purísimo horizontee reflejando el color azul de sus pupilas, y en el sol resplandeciente el fulgor de su gloria?

¿No adivináis en sus noches apacibles, su pureza simbolizada en la plateada luna, y el brillo de sus ojos en la vacilante luz de las estrellas?

¿No descubris en las flores su hermosura, en el ambiente su aliento, en la brisa su candor?

Prediquen vuestra grandeza ¡oh María! la mar y sus ondas agitadas; canten vuestra belleza los encantos primaverales; bendigan vuestra gloria los cielos y la tierra; porque los señoríos y poderes angélicos os aman, los altos serafines pliegan sus blancas alas ante vuestra presencia soberana, los ángeles á los pies de vuestro trono os rinden homenaje, y todas las potestades celestiales os admiran. Hasta el mismo Dios desde lo alto del empíreo os mira complacido, como la obra maestra de la creación y la maravilla de su genio omnipotente. Solo el hombre, obra predilecta del divino Hacedor, formado á su imagen y semejanza, y á quien el Señor señaló con la luz de su rostro, interrumpe el concierto universal, el himno santo de la naturaleza.

Solo el hombre, rey de la naturaleza, olvidándose de la inmortalidad de su espíritu, contempla imperturbable la llegada de la primavera, emblema elocuente de la resurrección de su cuerpo y símbolo expresivo de la vida futura que le espera.

Solo el hombre, el ser más elevado de la creación, escucha insensible y presencia escéptico, el canto de las aves, el murmullo del torrente, el quejido de las olas, el susurro de la brisa, cuya armonía sinfónica en alas del ambiente perfumado en el pensil florido y en frondas silvestres, se levanta hasta el cielo como ferviente plegaria.

Solo el hombre ¡contradicción inconcebible! blasfema de Dios y maldice á María. Y al ponerse en pugna con su Criador, brota en su corazón el odio contra sus hermanos, resultando de aquí una continua vida de discordias en la que el poderoso atropella los derechos del humilde, el pobre vá contra el rico, el fuerte contra el débil, los pueblos contra los reyes y reviviendo el amortiguado odio de razas, el rencor entre los pueblos, la envidia entre los monarcas, estallan pavorosas, las luchas intestinas, las guerras entre las naciones, los combates entre los continentes y las discordias civiles entre los hijos de una misma patria.

El odio del hombre á su Dios, encarna en su misma personalidad la contradicción continúa entre la materia y el espíritu, la razón y la voluntad; y hasta en su alma inmortal crece y se agita esa encarnizada guerra á que está condenado el hombre en este mundo, porque en el seno de su espíritu se levantan tumultuosas sus pasiones, y batallan sin cesar el bien y el mal, la verdad y el error, la duda y la esperanza, la alegría y la tristeza.

Para vencer en tan desigual combate no hay

otro baluarte inexpugnable que el catolicismo; para salvarnos del naufragio en medio de las tempestades del corazón y de los tormentos del alma, no hay otro puerto que María. Porque María nos ama y en cambio de su amor nos pide flores del alma.

¡Oh! ¡si la impiedad en nuestros tiempos comprendiese la tierna poesía, el encanto dulcísimo del catolicismo, y el amor intenso de María! ¡oh! ¡si quisiera gustar de sus consuelos, de sus esperanzas y de su caridad! La Virgen María no quiere que como las divinidades crueles del paganismo se le sacrifiquen, millares de víctimas humanas; un sencillo ramillete de flores, un manojo de plantas olorosas, son ofrendas agradables á su corazón de madre.

Nada más delicioso que reunir un ramillete de flores; y sensibilizando en ellas nuestros más tiernos sentimientos, nuestras súplicas filiales y nuestras aspiraciones más vivas, ofrecerlo humildemente á los piés de la Virgen.

Nada más delicado que escojer en el campo ó en nuestros jardines, las más vistosas y aromáticas flores, y con el lenguaje mudo pero expresivo del simbolismo de su belleza, de su aroma y de sus colores, darle á entender á la Virgen que es la criatura más bella, más pura y más santa que salió de las manos del Criador.

Corramos, pues, al templo y adornemos los altares de María con las flores que nos brinda la primavera, y postrados de hinojos ante su santa imagen, pidámosle gracia para poderle ofrecer, á manera de incienso, la aromática fragancia de las virtudes cristianas. ¡Pobre impiedad! que se ha dejado agostar por completo las flores del alma y no tiene nada que ofrecer á su Madre celestial.



MARÍA Y LAS FLORES

II

Uno de los encantos más hermosos, con que la primavera engalana la naturaleza, es sin duda ninguna la alfombra de verdura y flores que extiende sobre las montañas y los valles, sobre los campos y praderas, sobre los bosques y jardines, embelleciendo y esmaltando la tierra con sus variadas formas y colores, con sus aromas diversos y sus múltiples brillanteces, que prestan vida y movimiento, luz y matices, á las extensas lontananzas de sus bellísimos paisajes.

Nunca como en la naturaleza primaveral se hace más ostensible el destello sublime del poder y de la grandeza con que señaló el Señor las obras que han salido de sus manos creadoras; y nunca como entonces, se manifiesta más encantador ese simbolismo poético, ese emblema tiernísimo de las cua-

lidades excelentes de su Madre amantísima. Por eso, la Santa Biblia y los Padres de la Iglesia han encontrado en las condiciones más hermosas de las flores, en las cualidades más preciosas de las plantas, el espejo fiel de las virtudes y bellezas de María.

María que es la primavera en la vida de la Iglesia católica, es la flor de las flores, la única, la primera de la Iglesia, y la más principal de las que adornan el Paraíso. Flor que exhala olor inestimable de inmortalidad y de vida eterna para todos los que lo aspiran. Flor escogida de la naturaleza humana, multicolor y de aroma sempiterno, adornada de toda clase de bellezas, sobre la cual descansó el espíritu de Dios. Flor que embellece á todas las estaciones y á todas las Iglesias del orbe, purificada por el Espíritu Santo y de abundante savia de gracias. Flor que creció en los valles y se extendió por los montes y las llanuras de la tierra, purpúrea por la caridad, blanca por la inocencia, amarilla por la sabiduría, azul como los cielos donde estaba siempre su pensamiento, lívida en la Pasión y roja por el pudor virginal.

Aún no han comenzado á abrirse los primeros renuevos de los árboles, aún no se vislumbra el verdor de la campiña, aún no cruza los aires la primera golondrina, cuando aparece la violeta como precursora del tiempo bonancible. Vedla ocultar su modestia y su pequeñez entre la maleza de las riberas incultas, junto á las corrientes cristalinas de los arroyos, y sin ser vista extiende pródiga su aroma á su alrededor. No se alza levantando su cáliz hacia el cielo esperando el rocío matinal como las otras flores, sino que retorciendo su delicado tallo, baja su hermosa corola mirando á la tierra como si deseara esconder humildemente sus natu-

rales encantos. Lo mismo que esta flor, la Virgen apareció en el mundo al principio de la Iglesia naciente, y ocultó su belleza y sus encantos en su modesta casa de Nazaret, desde donde derrama el místico perfume de sus gracias y virtudes entre los cristianos piadosos. Es la Virgen María violeta hermosa de castidad, cuya fragancia de suavidad divina trasciende á toda la Iglesia católica, y que sin embargó de su dignidad y grandeza se inclinó profundamente, se humilló hacia la tierra, cuando fué elegida por Dios para ser Madre de Jesús.

Mirad á la poética adelfa, emblema de la fortaleza y de la hermosura, que nace altiva en el lecho de los torrentes impetuosos, y resiste arrogante á los rigores de las estaciones y á los furoros de las tempestades, y que conservando siempre el verdor y lozanía de sus hojas, desprende generosa en derredor suyo, los vistosos grupos de rosadas flores que la adornan, para adormecer con el jugo de su savia, sobre preciosa alfombra de colores, á los que bajo su sombra se guarecen.

María, la muger fuerte de los Libros Santos, como la adelfa creció también en medio del torrente de las pasiones y de las tempestades del pueblo judío, sin que perdiera la lozanía de su corazón, ni las virtudes de su alma, y derramando también las abundantes flores de la gracia, calma á sus devotos, como narcótico eficaz, todas las penas y dolores de la vida.

Observad la amapola que crece entre los sembrados de nuestros campos, destacando su rojo color entre las ondas verdosas de las llanuras, el emblema del consuelo, con la que forman sus coronas los campesinos y los pastores, que como María es el consuelo de los afligidos, y se levanta entre el verdor de la Iglesia y con ella tejen sus co-

ronas los Obispos y los Pontífices que son los pastores de los rebaños de Cristo.

El mirto cuya etimología significa *olor suave*, que servía en la antigüedad para tejer las coronas de los vencedores de los juegos Olímpicos de la artística Grecia, y á las jóvenes desposadas de la sábia Roma, y que de él se obtiene un bálsamo que hace conciliar el sueño á los enfermos, es un símbolo de María que es el descanso de los enfermos del alma, y es la corona que ciñe la frente de los mártires y la cabeza de las vírgenes.

Ninguna flor simboliza con más perfección las cualidades y virtudes de la Señora que la azucena. Esta flor tiene el atractivo de sus formas airoas, la simpatía de su excesiva delicadeza y el deleite de su suavísima fragancia. Es el emblema más expresivo de la pureza, de la inocencia y de la candidez. En la antigüedad pagana, la azucena era tenida como símbolo de la esperanza, por eso se la vé con frecuencia esculpida en sus monumentos y templos, en las medallas y monedas de Roma, con los lemas *Esperanza pública*, *Esperanza augusta*; así como en los libros sagrados, en el antiguo testamento y en el templo de Salomón, los vasos y ornamentos sagrados estaban llenos de la figura de esta hermosa flor.

Todas las cualidades convienen exactamente á la Santísima Virgen; dejemos hablar al incomparable Dionisio Cart: «La azucena crece recta á lo alto, tiene las hojas abiertas y pendientes, y dentro unos granitos de oro; así la Virgen Santa llegó á la alteza de todas las virtudes, pero las inclinó por la humildad, y estuvo muy adornada como con yemas de oro con los dones del Espíritu Santo, y la fe, la esperanza y la caridad».

María es la azucena inmaculada que engendró

á Jesús, en medio de los aromas purísimos de su virginidad y el esplendor de la divinidad; azucena teñida con la blancura del Espíritu Santo, que llena con su fragancia á los que la glorifican y engrandecen; azucena en fin, que floreció en medio del combate turbulento de las pasiones humanas; y por eso el mismo Dios descendió desde lo alto de su trono á la tierra, y edificó su casa en la fragancia de su seno virginal.

No acabaríamos nunca si fuésemos á exáminar una por una las flores que ostenta la naturaleza y con cuyo simbolismo Dios habla á los mortales con esas palabras elocuentes, que sin pasar por el oído, suenan sin embargo en el corazón del hombre con acento indescriptible, haciéndole conocer las virtudes y bellezas, el amor y las bondades de María.

La Santísima Virgen es, en el jardin de la vida espiritual de la Iglesia católica, el clavel de encendido color y fragancia incomparable, que representa el amor dulcísimo que tiene á sus hijos; es como el jacinto color de cielo, cuyos tallos sostienen siete flores, imágen de los dones del Espíritu Santo que atesora su alma, y símbolo también de los siete dolores que sufrió; es como el iris multicolor, una de las primeras flores de la estación primaveral, porque María fué el anuncio y primicias de todas las flores místicas de las virtudes de los Santos; es como el lirio de nuestros valles, cuyo tallo se levanta á lo alto significando la esperanza en el cielo que siempre tuvo la Señora, y su flor blanca es el emblema de su inocencia virginal; es la ostentosa peonía de hermoso carmesí representando lo vivo de los afectos de María; es la sensitiva que se conmueve fácilmente con las súplicas de sus devotos, y que se encogió dolorida con las

penas de Jesús; es el tulipán de brillantes colores simbolizando los encendidos afectos que María tiene para sus hijos, y que con su figura de corazón nos recuerda el amor que en el suyo guarda para todos los mortales; y es la rosa mística, que con su hermosura y perfume, recrea la vista de los hombres, de los ángeles y de Dios.

¡Oh! ¡bendito sea el Criador, que ha multiplicado de este modo tan maravilloso en la naturaleza, los símbolos de las virtudes y belleza de su Madre!





LA ROSA Y EL ROSARIO

III

Cuando la luz del sol se ostenta en toda su belleza, con la dulzura de sus rayos vívidos y con los matices encantadores de los reflejos de sus tardes apacibles; cuando la naturaleza se presenta con esa tranquilidad serena de la plenitud encantadora de la primavera, con las delicadas y majestuosas galas de su vegetación, y con los perfumes y aromas, con los colores y matices de sus plantas olorosas y sus esmaltadas flores; cuando en las ondas luminosas de su ambiente flotan confundidos en armónico concierto los murmullos de las aguas y el trinar de las aves, el susurro de las brisas y el gemido de los mares; cuando en fin, se presenta el mes de Mayo con todos sus encantos, con todas sus delicias, con todas sus bellezas, la Iglesia católica, siempre oportuna y siempre poética, dedica sus cultos al amor hermoso de la Virgen María, que es aquella floresta mística en la que hay el eterno verdor de la gracia, superior á la verdura de las plantas y las hierbas de la naturaleza, hay la

hermosura de su alma, mayor que la de todas las flores que ostenta la primavera; hay celsitud de virtudes más elevadas que todos los bosques de la tierra; hay conciertos no de aves, sino de ángeles; hay, en fin, aromas no de flores sino exhalados de la integridad del paraíso espiritual. Pero así como entre las flores, que ostenta Mayo, la más bella, la de más aroma y la de más condiciones medicinales, es la rosa, así también entre los cultos que dedican los católicos al amor hermoso de María, hay uno, el Rosario, que es el más bello, el que más perfume místico exhala, el que más saludables méritos para el alma encierra.

El primer día que en el delicioso mes de las flores se dedica al Señor, lo destina á su vez nuestra madre la Iglesia á proclamar las glorias de María bajo la advocación de la Virgen de la Rosa.

¡Qué armonía tan perfecta entre lo sobrenatural y lo terreno! ¡Que consonancia tan delicada entre los sentimientos del corazón humano y las maravillas de la primavera! Ved sinó en medio de nuestros jardines, en el fondo sombrío de las enramadas silvestres, balancearse las rosas á impulsos de la fresca brisa, luciendo su hermoso color y exhalando su aroma, como si invitara á las criaturas para que se recreen en sus naturales bellezas y aprovechen sus cualidades saludables. También la Iglesia, á su vez, presenta á los fieles en este mes de las flores á la Rosa de Jericó, para que imiten sus bellezas espirituales, para que aprecien el olor de esperanza que de su corazón se desprende y se aprovechen de los méritos de salud eterna que encierra.

La rosa, como flor sobresale entre las demás por su belleza singular; todas las partes que la forman, lo mismo su cáliz de esmeraldas que su corola vistosa de aromática fragancia, admiran y encantan

el corazón. El Rosario, sobresale también entre las devociones de la cristiandad por su extraordinaria belleza; todas las partes que le forman, lo mismo sus misterios que son el reflejo fiel del infinito de Dios, como el «Padre Nuestro» en el que se encuentran las mismas palabras de Jesucristo, como el «Ave María», en la que suenan los ecos celestes de la voz de un Arcangel, hasta el «Gloria Patri» que es la oración predilecta de los bienaventurados en el cielo; todo rebosa esa sublimidad magnífica de Dios, como puro destello de su grandeza y de su infinitud.

La rosa desprende un aroma delicado y suavísimo que la distingue con ventaja de las otras flores, como el Rosario de María desprende también el perfume místico de las virtudes de la Señora, el olor de santidad de Jesús y la delicada ternura del amor divino.

La rosa posee, además de bellas cualidades, el singular mérito de curar muchas dolencias; así como el Rosario es el bálsamo infalible de todas, las dolencias de la humanidad. Recordad, sinó, que esta bendita devoción acabó con la herejía verdadera gangrena social que amenazaba de muerte á casi todas las nacionalidades de Europa; recordad que en la batalla naval de Lepanto, fué la salvación de la España católica, que fué el baluarte inexpugnable desde donde los hijos de Santo Domingo conquistaron el mundo, que ha sido siempre la salud de los espíritus enfermos por laculpa y la resurrección de las almas muertas por la impiedad.

Como la rosa, si es frotada, despide mayor fragancia, así el Rosario en nuestras tribulaciones nos da olor de paciencia, en las adversidades de la vida nos da aroma de resignación, en nuestras tristezas nos da perfume de consolación, y en las

alegrías nos da fragancia de acción de gracias.

Así como no hay rosas sin espinas que al cojerlas hieren, así tampoco hay Rosario sin misterios dolorosos, cuyo solo recuerdo conturba y hiere de tristeza el corazón de los piadosos.

La rosa es cosmopolita, lo mismo crece lozana en las regiones intertropicales, como en las zonas templadas y en los climas fríos; así como el Rosario se extiende por toda la redondez de la tierra y se reza por sus devotos bajo todas las latitudes del globo, pues donde quiera que palpite un corazón cristiano, allí está el Rosario como inseparable compañero de su alma.

Son muchas las variedades de rosas que se conocen; las hay grandes y pequeñas, de diversos colores y matices, desde el rojo subido ó pálido, hasta amarillas y blancas; símbolo expresivo y perfecto de que el Rosario lo mismo se ve en las manos de los grandes, que en las de los humildes; emblema de la variedad de lenguas con que en todo el mundo católico, y por las distintas razas humanas, se reza el Santo Rosario.

Y si se fija bien la atención en los primorosos detalles que forman esta admirable flor, se verá que sus hojas tienen la forma de un corazón, y que recogidas y estrechamente unidas al rededor de los pétalos que forman un botoncito dorado en su centro, nos simbolizan admirablemente á los cofrades del Santo Rosario cuyos corazones, inflamados en el amor divino, se unen entre sí por los lazos tiernísimos de la caridad cristiana en derredor del corazón de oro de Jesús.

No solo la flor, sino la planta que le da vida, simbolizan de una manera delicada y tierna los misterios que se meditan en el Santo Rosario; vedla cubierta de ramas cuyas hojas verdes nos

recuerdan los misterios gozosos, contempladla cubierta de espinas que nos traen á la memoria los sufrimientos de Jesús y los dolores de su Santa Madre, miradla en fin, cubierta de flores y envuelta en aromas, como los misterios del Señor en su glorioso triunfo. No puede pedirse simbolismo más poético, no puede exigirse armonía más perfecta.

La rosa, reina de las flores, símbolo de la hermosura y emblema de la pureza. Númen del poeta, inspiración del artista y objeto predilecto de los genios que nunca pudieron describir ni copiar su especial belleza. Hija predilecta de la naturaleza y del mundo en todas las épocas de la vida, que según la antigua mitología cayó á la tierra desprendida de la mesa de los dioses desde lo alto del Olimpo, que formó la guirnalda que ciñó la frente de Anacreonte y la diadema que coronó al César; y que lo mismo adorna los cabellos de la juventud y la hermosura, como los de la niñez y la pureza, como los féretros y las tumbas, para elevarse hasta los altares de María y servir de alfombra á su trono.

El Rosario, guirnalda de flores místicas que simbolizan y recuerdan la belleza de Jesús y la pureza de María, fuente perenne de la inspiración de los artistas cristianos. Devoción predilecta de las almas piadosas y del mundo católico, que formó la diadema celestial que coronó la frente de Santo Domingo de Guzmán y que adorna con sus gracias celestiales las almas de los fieles, oración en fin, que los corazones piadosos elevan en las calles de nuestras ciudades, en el seno de las familias y bajo las naves de nuestros templos, para remontarse hasta las gradas del trono de la Virgen, allá en el cielo.



LA VIRGEN DE LA ROSA

IV

Acabamos de ver que la rosa tiene para el cristiano el doble mérito de sus encantos naturales y sus semejanzas con el Rosario, pues ahora nos toca examinarla bajo el concepto admirable de su simbolismo místico de las virtudes de la Virgen. Pocas flores hay que como ésta presenten á la consideración de los cristianos, un símbolo tan perfectamente de la pureza y el amor, de la inocencia y las gracias, de los beneficios y privilegios de la Santísima Virgen.

Veamos lo que dice á este propósito San Bernardo: «Esta Virgen es una rosa blanca por la virginidad, purpúrea por la caridad; blanca en el cuerpo, purpúrea en el alma; blanca siguiendo la virtud, purpúrea calcando los vicios; blanca purificando sus afectos, purpúrea mortificando la

»carne; blanca amando á Dios, y purpúrea com-
»padeciéndose del prójimo.»

San Gerónimo añade: La rosa es símbolo del pudor y del recato virginal; y María fué *toda rosa*, es decir, modelo de honestidad, tipo del pudor y espejo de la modestia.

Todos los elogios de la rosa, dice Cornelio Lapi-
de, convienen mucho mejor á la Virgen María, que
con su graciosa belleza y dignidad supera el esplendor
de todo el mundo. Porque ella es la rosada
aurora, bellísima y fecunda con la gracia de las
virtudes, á la par esplendorosa y brillante, que di-
sipando las tinieblas trajo una nueva luz al mundo.
Ella es la que después del largo invierno del peccado,
de la tristeza y desolación, nació como la nueva
primavera de gracia, de luz y de consuelo.....
pues esta Virgen purísima concibió y dió cuerpo á
la flor de toda alegría y deleite, ornato del género
humano, y Criador del mundo. Además la rosa
emblemática del pudor y de la virginidad, ¿á quién
denota sino á la Virgen de las vírgenes? Columela
dice, que la rosa es una flor llena de castidad. Y la
rosa es aromática y derrama exquisita fragancia;
¿quién pues no percibe en María, como la afluencia
de los aromas de todas las virtudes? ¿Quién no
es atraído por su suavidad? ¿Quién no corre al
olor de su unguento? Porque por ella ha manifes-
tado Jesucristo el olor de su conocimiento en todo
lugar; y derrama el thimiam de la Divinidad, el
amomo y azmizcle, y lo más escogido de los perfu-
mes, emite olor de suavidad como un bálsamo aro-
mático, y como dice San Epifanio, *adorna á todo
el mundo con flores del Paraíso*, por lo cual ha me-
recido ser llamada Rosa de Jericó..... La rosa pues
nos demuestra la belleza de la Virgen María, el
suave olor de su dignidad y gracia, la pureza de su

vida, ardor de su caridad y dulzura de sus costumbres. Por eso el Damasceno dice: *Oh rosa, que has nacido de espinas, esto es, los judíos, y has perfumado todas las cosas con tu divina fragancia.*

Un padre de la Iglesia, refiriéndose á María, exclama: Si deseas saber cual flor soy, te lo diré en una palabra, soy *la Reina de las flores*, la más hermosa y aromática de todas ellas.

La Iglesia, nuestra madre, te llama Rosa de Jericó; de aquí que la Virgen María es una rosa que se distingue por la intensidad de sus aromas. Se llama también Rosa Mística, que por su encendido color nos muestra los afectos amorosos que guarda entre sus aromas, para todos sus devotos. Se le dice que es: *rosa plantada cerca de las corrientes de las aguas*, porque se dirigen por Ella todas las bondades y piedades divinas.

Por esto la Iglesia católica ama con singular predilección á la rosa, haciéndola objeto de sus bendiciones.

Ya en el año 532 instituyó San Menardo, Obispo de Noyón, una fiesta que consistía en coronar cada año en la Iglesia de Salency á una jóven núbil, la más virtuosa, consistiendo el premio de la virtud en un sombrerito sencillo adornado de rosas blancas. Tan tierna ceremonia ha pasado de generación en generación, conservándose hasta nuestros días, pudiéndose ver en pleno siglo diez y nueve que en la Iglesia de Salency síguese coronando á la inocencia, todos los años, con rosas benditas.

¡Hermoso contraste en medio de la corrupción de nuestros días!

El P. Contiño de la Orden de Predicadores, ya nos dice, que á principios del siglo XVI se celebraba en España con gran solemnidad la fiesta de Nuestra Señora de la Rosa, aún cuando no da de-

talles por suponerla extendida y conocida de todos.

El culto dedicado á la Virgen de la Rosa, como todos los que se celebran á la Madre de Dios, ha sido el objeto predilecto de los poetas y de los artistas, haciendo noble alarde de su inspiración y de su genio, en forma de leyendas y poesias, de esculturas y lienzos admirables. Entre estos últimos, sobresale el que representa á la Virgen de la Rosa, ejecutado por el gigante de la pintura Rafael. En este cuadro prodigioso, rebosa potente el genio del artista, y palpita el simbolismo estético que nos recuerda la predilección con que la Iglesia ha mirado siempre á la rosa.

Admira al alma religiosa y artista el contemplar la imagen de María que se destaca del fondo oscuro del lienzo, en cuyo semblante de belleza extraordinaria se refleja un vivo destello de la gloria; sostiene en sus brazos al niño Jesús que juega alegremente con San Juan que está de pie; junto á aquel grupo encantador, y más atrás, se vislumbra la venerable figura de San José que mira embelesado aquel cuadro tiernísimo; y en tierra á las plantas de Jesús, se ve una rosa que ha dejado escapar de sus divinas manos al entregarse á sus alegrías infantiles.

No hay nadie que tenga fe en su corazón, que mire este cuadro sin conmoverse.

Puede asegurarse que, desde la antigüedad más remota, el primer domingo de Mayo bendice la Iglesia las rosas naturales en honor de la Mujer bendita á quien llama *Rosa Mística*.

Y es tan lógico y tan tierno este culto dado á María, bajo la advocación de la Virgen de la Rosa, que Cornelio Alapide dice á éste propósito: El ofrecimiento de flores tan graciosas, además de significar suma piedad y excelente devoción á la Santísima Virgen, le es muy agradable, por ser Ella una be-

llísima gracia y aurora brillante de todas las cosas.

Las rosas benditas son entregadas á los fieles en el templo para que disfruten, á la par que de sus aromas naturales, de las muchas gracias espirituales y temporales que con ellas se consiguen.

El R. P. Demora, cita en una obrita sobre este particular, innumerables hechos con los que se prueba que los fieles han conseguido admirables gracias de todas clases con las rosas benditas.

Entre los muchos acontecimientos milagrosos que se cuentan, el que voy á relataros, tiene el doble interés que inspira el sentimiento religioso y el amor á la patria, y la autenticidad que le presta su antigüedad y los documentos que lo atestiguan.

Me refiero á la tradición preciosa que la ilustre familia de Bardaxí conserva de uno de sus antepasados en el archivo de su casa en Graus. (1)

Era á la sazón que uno de los nobles vástagos de la familia de los Bardaxí había fijado su residencia en el pueblo de Villanova, cuyo señorío habíaseles concedido por la corona de Aragón como premio á sus servicios palatinos y su heroísmo en la guerra.

En la tarde del primer domingo de Mayo, se notaba en la pequeña aldea y entre sus piadosos habitantes, el movimiento y alegría propios de las grandes festividades. A todos se les veía dirigirse presurosos y satisfechos con dirección á la iglesia parroquial, donde iban á tener lugar con su acostumbrada solemnidad, los cultos religiosos á la Virgen de la Rosa.

El interior de la iglesia parecía un cielo. El dorado retablo, centelleante de luz y envuelto en aromas y flores, ostentaba en su centro, entre reflejos

(1) D. Vicente de Bardaxí y Erruz, último vástago de su ilustre apellido, murió en esta ciudad en 1.º de Marzo de 1888, en la flor de su edad y cuando era la esperanza de su familia y amigos, en cuyo número nos contamos.

deslumbradores, el hermoso tabernáculo en cuyo fondo se destacaba blanca y pura la Hostia Consagrada sobre dorada custodia, y más arriba, se dibujaban los elegantes perfiles de la Imagen de María, rodeada de nubes y coros de ángeles.

Bajo las anchas naves una multitud de fieles adoraban de hinojos, con recogimiento fervoroso, á Jesús Sacramentado, mientras que en el presbiterio se agitaban alegres, y bulliciosos numerosos grupos de niños llevando entre sus manos canastillos de flores, que iban á ofrecer á Jesús y á su Santísima Madre. Junto al altar mayor y de rodillas sobre elegante reclinatorio, se veía al Sr. de Bardaxí, rodeado de numerosa servidumbre, que rezaba y leía con piadoso fervor; entre tanto que desde el coro entonaban alegres letrillas los cantores, acompañados por el órgano que sonaba dulce y tierno, como los últimos suspiros del día al declinar la tarde.

Nada faltaba entonces al hermoso templo para ser un remedo sublime de los cielos. Porque allí, se presentaba realmente la excelsa Majestrá de Dios en el augusto Sacramento; allí se ostentaba hermosa la imagen de la Virgen de Nazaret, llenando con su dulzura y amor los corazones de los fieles que eran aún tabernáculos vivos, en donde descansaba Jesús, puesto que hacía pocas horas se habían acercado á la Sagrada Mesa para sustentarse con el Pan de los ángeles: allí se escuchaban los mismos cánticos de alabanzas que entonan allá en el cielo las potestades; allí, en fin, rodeaban á Jesús Sacramentado y á la Santísima Virgen, algunos grupos de niños de bellísimos rostros y miradas de paloma, de purísimo corazón y alma pura, que, como los ángeles al pie del trono celestial, ofrecían con sus inocentes manecitas las flores de la naturaleza y las flores de su alma.

¡Oh, sí! El culto de la Iglesia católica tiene mucho de cielo; y por eso para la tierra encierra siempre un germen inextinguible de esa felicidad pura, tranquila, deleitosa, que en vano puede encontrarse, ni en los goces más puros y tiernos de la vida del mundo.

Terminada la religiosa fiesta, los fieles fueron saliendo del templo, no sin llevarse á sus hogares algunas rosas benditas de las que esperaban piadosamente recibir grandes beneficios de toda clase.

El señor de Bardaxí salió también de la Iglesia acompañado de su servidumbre, y como los demás fieles llevaba un precioso ramo de flores benditas que, en cuanto llegó á su casa solariega, colocó en un elegante jarrón de china, y con sus propias manos lo puso sobre el altar de su oratorio. Despidió á la servidumbre y quedó solo para entregarse de nuevo á la oración.

Era bellissimo y conmovedor el cuadro que presentaba entonces el oratorio, pequeño recinto abovedado en cuyo fondo se destacaban los atrevidos perfiles de un retablo gótico; y al amarillento resplandor de la lámpara de plata, que pendía del centro del crucero, se descubría apenas entre las sombras del camarín la imagen de la Virgen con el niño Jesús en sus brazos, y junto á la tarima del ara santa, se veía inmóvil y mirando fijamente á la Santa Imagen al señor de Bardaxí, extasiado y absorto en profunda meditación.

Poco rato hacía que estaba el señor de Bardaxí entregado á tan dulce y deleitoso recogimiento, cuando se vió surgir entre las sombras, como esas figuras fantásticas de los cuadros de Rembrant, dos hombres que cautelosamente, y con marcadas muestras de temor y sobresalto, se dirigían á la capilla adhiriéndose cuanto podían, para no ser

vistos, á las paredes del largo corredor que la separaba del patio.

A la dudosa luz de la tarde, que penetraba por los angostos ventanales, y el ténue resplandor de la lámpara que ardía en el interior del oratorio, se dibujaban las figuras de aquellos dos hombres, cuyos rostros se hallaban velados por negra mascarilla y que iban envueltos en largos mantos, como una de esas visiones espantosas, de que nos hablan las leyendas caballerescas de la edad media.

Al llegar á la puerta de la capilla, se detuvieron los dos como movidos por igual impulso, se interrogaron con la vista haciendo al mismo tiempo un signo afirmativo con la cabeza, y penetraron en el interior. Avanzaron más hasta llegar junto al noble caballero; y, á una señal convenida, lanzáronse contra él blandiendo en sus manos los desnudos aceros. En este mismo instante hirió sus ojos, deslumbrando su vista, una luz vívida y brillante, como esos relámpagos que estallan en el fondo oscuro de una noche tempestuosa, ó como los rayos de sol resplandecientes que brillan de pronto á través de las sombrías enramadas de los bosques. Instintivamente levantaron su mirada hacia el altar, de donde partía la luz, y quedaron inmóviles y aterrados. La escultura santa despedía fúlgidos resplandores, como si fuera de trasparente cristal y en su interior ardiese un foco poderoso y extraordinario de luz, de la que partían ondas dulcísimas de un aroma, suave y desconocido, y sus perfiles se agitaban suavemente como si hubiera adquirido vida real. El rostro de la imagen de María y el del niño Jesús, se transfiguraron maravillosamente con esa expresión dulce é imponente, con esa hermosura extraordinaria de la que proceden todas las demás bellezas del universo, con esa caridad

sin límites que alienta y da vida á todos los amores santos de la tierra, con ese fulgor radiante que resplandece en la frente de los bienaventurados, reflejo inextinguible de la gloria del Padre celestial.

Mientras que el piadoso caballero contemplaba aquel prodigio, con el extasis fervoroso de la ardiente fe que inflamaba su corazón y con el arrobamiento ferviente del amor divino que inundaba toda su alma, los dos desconocidos continuaban como petrificados ante aquella escena tan sobrenatural é incomprensible, tan inesperada y maravillosa.

De pronto, vieron con asombro que el niño Jesús volvió la cabeza, miró sonriente á su Madre celestial, y desprendiéndose dulcemente de sus brazos, descendió al ara santa; y con sus manecitas tomó del jarrón una porción de flores, y comenzó á tejer una vistosa corona que colocó sobre la frente del caballero.

A esto siguió una escena indscriptible; el señor de Bardaxí, al sentir el contacto de las celestiales manos del niño Jesús sobre su frente, al escuchar desde tan cerca los latidos de su divino corazón, al presenciar junto á él los resplandores celestiales, bajó la cabeza humildemente; un raudal de lágrimas brotaron de sus ojos, se oprimió con las manos el pecho, y sintió en todo su ser una emoción extraña y desconocida; porque la grandeza de Dios anonada y confunde; porque las grandes expresiones del amor divino conmueven dulcemente las fibras más recónditas del corazón; porque la dicha inmensa, profunda, que producen los favores celestiales, enciende y aviva el entusiasmo y la caridad en el alma engrandeciéndola hasta hacerla desbordarse al exterior, convertida en lágrimas de ternura. Entre tanto esto sucedía en el interior del piadoso caballero, un profundo terror se apoderó

de los dos enmascarados, un sudor frío cubría todo su cuerpo; vacilaron sus rodillas, y una fuerza sobrenatural les detenía y contrarestaba el supremo esfuerzo que hacían ambos por huir. De repente desaparece el prodigio, el niño Jesús vuelve á los brazos de su Madre, se extinguen los resplandores divinos y los aromas celestiales, las flores aparecen sobre el jarrón, y la escultura santa se halla en el fondo del camarín inmovil como antes.

Entonces los desconocidos sintieron en su interior un milagro mucho mayor que el que acababan de presenciar; porque de pronto, por el fondo de sus almas tenebrosas cruzó como un relámpago, una ráfaga luminosa de inextinguible fulgor; amargo y triste sollozo salió de sus pechos, y sintiendo dentro de sí ese soplo misterioso y consolador de la gracia divina, brotó de sus corazones el dolor intenso del arrepentimiento, y sus almas se llenaron de esperanza. Agobiados bajo el peso de sus propias conciencias, y regenerados por los dulcísimos efluvios de una celestial inspiración, lanzaron lejos de sí los puñales que aún sostenían en sus manos, y cayeron de rodillas ante el altar, exclamando entre suspiros: ¡Perdón! ¡Perdón!

Levantóse sorprendido el caballero, al contemplar aquellos dos desconocidos, que habían llegado hasta aquel sitio sin apercibirse y que pedían el perdón á la Santa Imagen con muestras inequívocas del mayor arrepentimiento; pero bien pronto lo supo todo, porque uno de los desconocidos dijo humildemente arrancando la careta de su rostro: También á vos tenemos que pedir perdón; pertenecemos á la cuadrilla de malhechores que hace tiempo recorre estos contornos, y hemos sido designados por el capitán para sorprenderos y robaros; pero lo hemos presenciado todo, y nuestras

almas se hallan ya regeneradas y arrepentidas. Castigadnos, como os plazca; pero dejadnos, al menos, tiempo para reconciliarnos con Dios.

No temáis, mi castigo, exclamó el señor de Bardaxí con afabilidad; hace muy pocas horas llevo en el pecho á Jesús Sacramentado, el Dios de las misericordias y del perdón; y ha poco habeís presenciado el milagroso portento que ha obrado esta Santa Imagen. Id pues benditos de Dios, y que vuestro arrepentimiento sea sincero. Y, diciendo esto, les puso en las manos algunas monedas de oro que los desconocidos rechazaban. Tomadlas, añadió el caballero, porque las necesitáis para poneros á salvo de la venganza de vuestros antiguos compañeros. Y, como si esto le pareciese que no bastaba, ordenó á sus monteros que acompañasen á aquellos dos hombres, hasta donde no pudieran temer nada.

Aquellos dos hombres estaban como anonados por la gratitud, hasta el punto que no teniendo palabras con que expresar sus sentimientos, se arrojaron de rodillas, y cubrieron de besos y lágrimas las manos del bondadoso caballero, saliendo de la casa seguidos de los monteros y guías.

La noticia del suceso se propaló por la aldea con la rapidez del relámpago, y á los pocos momentos una multitud inmensa invadía la casa, ávida de conocer hasta los menores detalles de lo ocurrido. Aún no había trascurrido un año, cuando en la Iglesia se veía un retablo en cuyo nicho central se hallaba un cuadro, en el que se representaba el suceso que acabamos de relatar, costeadó por el señor de Bardaxí, que quiso de este modo perpetuar la memoria del portento que había tenido lugar en su presencia.

El el día aún puede verse en la Iglesia de Villa-

nova el retablo que D. José de Bardaxí costeó en el año 1743, en sustitución del primitivo que se había deteriorado por los años.

A. M. D. G.